



CAPÍTULO XVIII

LA POESÍA FILOSÓFICA Y SOCIAL

Núñez de Arce¹.

CASO raro que un artista, desconociendo el impulso de su vocación, la tuerza ó la deje inactiva, empeñándose en labor tan fatigosa como es luchar contra lo instintivo, contra lo que espontáneamente brota de la naturaleza. Tal cuentan que pasó á Malebrache y á La Fontaine con sus talentos para la investigación y la poesía, respectivamente, hasta que el despertador de una circunstancia feliz los vino á descubrir á sus poseedores y al mundo todo.

¹ En Valladolid, cuna del gran poeta legendario Zorrilla, vino también al mundo, el día 4 de Agosto de 1834, el príncipe de nuestros líricos modernos, D. Gaspar Núñez de Arce. Siendo niño todavía, pasó con su familia á Toledo, la vieja ciudad monumental, de cuyo solemne y austero carácter quedaron huellas en el del ingenio precoz que á los quince años hacía representar un drama aplaudidísimo, y á los diecinueve entraba en la Redacción del periódico madrileño *El Observador* sin más recomendaciones que la del propio valer personal. No tardó Núñez de Arce en adquirir reputación de periodista por sus artículos en *La Iberia*, de Calvo Asensio. Durante la guerra de Africa acompañó constantemente al General O'Donnell, y fué corresponsal del antedicho diario progresista. En 1865 representó por primera vez como diputado á Valladolid. Después de la crisis de 1868 desempeñó los

No sé si podrá decirse lo mismo del gran poeta de los *Gritos del combate*, *La última lamentación de Lord Byron*, *El vértigo* y *La pesca*. Veinte años estuvo represada aquella corriente impetuosa, que en muchos menos ha recorrido tanto, siempre con la misma pujanza, con el mismo insuperable éxito; y, lo que más asombra, esos veinte años no lo fueron de estacionamiento, sino de gran actividad en otros ramos de literatura, para los cuales eran evidentemente menores sus fuerzas y menos apta su condición.

El ardiente polemista de *La Iberia*, el autor dramático que produjo *Deudas de la honra*, *Justicia providencial* y *El haz de leña*, sólo había ensayado su numen, fuera de las tablas, en diálogos jocosos de un pesimismo negro y desalentado á la manera de Leopardi, diálogos de ultratumba que compendian, exagerándolas, las miserias de la vida humana, y tienden á probarnos la superioridad de las irracionales sobre el hombre por la mayor suma de una felicidad anti-tética é imposible. Hizo bien Núñez de Arce en no mezclar esas rapsodias con los *Gritos del combate*²; y aun la que por vía de muestra introdujo allí, con ser menos extravagante que otras, como *La desgracia* y *la ventura*, todavía desdice no poco y ocupa un lugar innmercido.

cargos de Gobernador civil de Barcelona, Director del ministerio de Ultramar y Secretario de la Presidencia del Gobierno á raíz del golpe de Estado de 1874. Siguiendo las evoluciones del partido progresista reconoció la legalidad proclamada en Sagunto, y aceptó (1883) la cartera de Ultramar en uno de los Gabinetes presididos por Sagasta.—Las poesías de Núñez de Arce han logrado mayor fortuna que las de ningún otro autor español, así en la Península como en América, según lo patentiza el fabuloso número de ediciones agotadas en muy pocos años. Además, el ilustre autor de los *Gritos del combate* encontró un crítico digno de él en Menéndez y Pelayo, que le consagró la maravillosa semblanza inserta en el tomo II de *Autores dramáticos contemporáneos* (págs. 293-317).

² *Gritos del combate*, poesías por D. Gaspar Núñez de Arce. Madrid, 1875; la tercera edición, hasta hoy última, es de 1885.

No fueron, ni la brisa leve de los primeros amores, ni el apacible viento de la inspiración religiosa, los que agitaron las recias y vibrantes cuerdas de esta poderosa lira; sino el impetuoso simoún de la revolución, las discusiones acaloradas del libro, las tempestades del Parlamento, las luchas políticas y las ambiciones desbordadas, el rumor siniestro de la blasfemia, los charcos de sangre, la marejada de las iras populares, que abortó juntos el período más nefasto de nuestra historia moderna. Tuvo Núñez de Arce notas de júbilo para las grandes acciones, pero muy contadas en relación con los anatemas que le arrancaba el espectáculo de decadencia universal, de fraudulentos agios, de desvergüenzas é infamias encubiertas con el haraposo y desgarrado manto de la libertad. Tan adecuadamente como de Quevedo, puede decirse de Núñez de Arce:

Fué su sangrienta sátira cauterio
Que aplicó sollozando al patrio imperio
Miserero, gangrenado y moribundo.

El presagió en 1866, dos años antes de que estallara la revolución de Septiembre, su vergonzosa esterilidad para todo lo bueno, nacida, no de una causa artificial, pasajera y extraña, sino de estar corrompida su raíz, de ser aquélla la explosión de insaciadas venganzas y bizantinas rivalidades; él advirtió á tiempo que la libertad no nace de un cambio en las formas políticas, mucho menos si, basada en optimismos ideológicos, se opone al modo de ser, á los sentimientos y tradiciones seculares de la nación en que se ensaya. Pasaron dos años, y sin advertir con el gran poeta

Que cuando un pueblo la virtud olvida
Lleva en sus propios vicios su tirano,

forjaron los descontentos aquella tragicomedia con su lúgubre cortejo de maldiciones y de ruinas; y viendo Núñez de Arce tristemente confirmados por la realidad

sus vaticinios, convirtió en látigo las cuerdas de su lira, flagelando sin piedad á la revolución cuando cruzaba las calles coronada de flores y en la embriaguez de sus apetecidos triunfos.

Al entonar el elogio fúnebre de Ríos y Rosas, el tribuno fogoso, el revolucionario unionista é inconsecuente, pero de indomable pecho y de cierta honradez simpática que pocos poseyeron ni en su partido ni en los demás de la coalición; al contemplar cómo *dormía el varón fuerte* cuando declinaba *el sol de la patria*, midió los límites del abismo á cuyo borde se encontraba aquella sociedad, víctima de sus propios excesos.

La revolución avanzaba como la marea; el descoco rompió al fin la máscara de la hipocresía, y entonces el poeta, en alas de su generosa indignación, la maldijo en esas *Estrofas*, candentes como el fuego, agudas como puñal de dos filos, rumorosas y potentes como las olas del Océano. La osadía de Juvenal, la sátira de Quevedo, la viril entonación de Quintana y la inimitable sobriedad de Dante, se dieron la mano para producirlas, y así salieron ellas, preñadas de ideas, respirando iras y sarcasmos, presentando la verdad al desnudo y sin reticencias. La lengua castellana parece ufanarse de sí misma en tales manos, y nadie encarecerá bastante «aquella rotundidad como de ariete», según la define un crítico insigne, aquel andar á un tiempo desembarazado y solemne, aquella cadencia casi musical de puro numerosa. Habla el poeta de la revolución, y dice:

No es la revolución raudal de plata
Que fertiliza la extendida vega;
Es sorda inundación que se desata;
No es viva luz que se difunde grata,
Sino confuso resplandor que ciega
Y tormentoso vértigo que mata.

Habla de la libertad, de aquella blanca virgen que

columbró en sueños, *fuelle de perenne gloria* y *ángel vengador* que castiga á los tiranos con la historia como con *hierro enrojado*, y al ver su imagen arrastrada por el populacho y sumida en los más inmundos lodazales, exclama con indignación:

..... mas ¿qué digo?...
No eres la libertad; disfraces fuera;
Licencia desgredada, vil ramera
Del motín, te conozco y te maldigo.

Todo es grandioso en este monumento de la poesía castellana; la cuerda de la inspiración, siempre flexible y altisonante, ora produce vibraciones suaves, ora estalla en violento chasquido, y parece romperse cuando al punto torna á su natural y pristino estado.

Bien pueden considerarse las *Estrofas* como el canto más inspirado entre los que Núñez de Arce dedicó á la revolución española. De ellos, y fuera de los enumerados, merece honrosa, aunque no principal mención, el que lleva por título *A Emilio Castelar*, cuadro donde se reflejan los últimos sucesos de aquella sangrienta historia: la barbarie cantonalista y el período de insurrección anárquica, al que había de suceder, como lógico desenvolvimiento, una dictadura militar irresponsable y efímera.

Pero apartemos los ojos de esa cenagosa charca, porque

Nunca la ruin bajeza ha merecido
Censura eterna, sino eterno olvido;

busquemos algo de más significación en el seno mismo de la demagogia, que si no merecen atención sus desenfrenos, la piden forzosamente sus racionios. No cabe exhibirlos más de bulto que en el diálogo *París*, donde mutuamente se recriminan un *burgués* de los que nada ven sino por el prisma de su epicúreo utilitarismo, que piensan detener á la hiena revolucionaria con espadas, cañones y gendarmes, y se entregan al

sueño de la indolencia sobre el cráter de un volcán; y un *demagogo* de los que no se contentan con fórmulas vacías y altisonantes, de los que buscan la consecuencia con el principio, y, abrazados al absurdo, no lo abandonan con tímida irresolución. Quizá desentona un poco en este diálogo la sequedad de racionio; pero al lado de la precisión silogística hierve la lava de la pasión, que revienta elocuentísima, salvaje, sublimemente feroz, en la arenga imprecatoria del demagogo contra la metrópoli del vicio bañada por las aguas del Sena. Nunca se demostró tan bien cómo las blancas alas de la Poesía pueden, á la manera del Sol, penetrar en el infecto esterquilinio, brillantando su pureza en vez de mancharla con inmundicias. Si sueñan allí vehementes los gritos de la discusión, no es para ahogar el aliento del poeta convirtiéndole en declamador vulgar, sino para levantarle sobre sí mismo, haciendo que el numen poético, la imagen delicada y el verso fácil sirvan de riquísima vestimenta á un pensamiento digno de ella por sus colosales proporciones.

Con esta poesía nervuda, épica y escultural¹ ha hermanado Núñez de Arce otra de muy diferente naturaleza: la poesía íntima y psicológica de *Tristezas*, y la *Epístola sobre La duda*. *Tristezas* es un poema de dolor y de ternura, donde surgen, como por evocación de un mago, los recuerdos de la infancia, los vidrios transparentes y la filigrana de las catedrales góticas, la calma y la obscuridad del templo sagrado, la oración que sube á los cielos como una *virgen sin mancha*;

¹ Lo es mucho la del *Miserere*, que, sin embargo, no puede anteponerse de ningún modo ni á *Estrofas*, ni á *Tristezas*, ni á *París*, aun aceptando, como acepto, el siguiente juicio de Luis Alfonso: «... el *Miserere* se me antoja un gran lienzo que, producto de estupendo anacronismo, de monstruosa imaginación más bien, ha sido inventado por Rivera y compuesto por Miguel Angel, dibujado por Durero, coloreado por Velázquez, sombreado por Tintoretto y alumbrado por Rembrandt.» (*Critica literaria sobre los Gritos del combate*.—*Revista Europea*, tomo IV, núm. 59.)

todo contrastando con las vacilaciones y angustias de un corazón agostado por el escepticismo, sin esperanzas y sin fe, que siente *oscuro* y *desolado* un cielo antes lleno para él de *fulgores* y *harmonías*. Apenas cabe leer con ojos enjutos esa confusión sentida, ardiente y dolorosa, donde tantas otras se adivinan, donde aparecen en su repugnante desnudez el indiferentismo religioso y la falta de ideales fijos y elevados, como úlcera gangrenosa que corroe el corazón de nuestra sociedad. Lo mismo pasa con la *Epístola*, en que se juntan con la queja individual y propia del poeta las que le inspira el espectáculo de tantas otras víctimas de esa *duda*, que él asemeja ya á las tumultuosas y embravecidas aguas de una inundación, ya al reptil cuyo diente se clava en lo más hondo de las entrañas.

Velando su pensamiento en la alegoría, quiso trazar en *Raimundo Lulio* la misma historia, que tal influencia tiene sobre Núñez de Arce acaso por haberla leído muchas veces en el fondo de su ser; la manzana tentadora de la ciencia, arrebatando al hombre hacia sí y dándole á gustar luego las heces del desengaño. Sin embargo de lo cual, y de que el poeta explica á su modo, en una introducción, el sentido íntimo del poema, pocos lectores habrán dejado de olvidar la advertencia á las pocas líneas, pues la pasión tan verdadera y tan humana de aquél desventurado mancebo no permite reparar en sutilezas extrañas al asunto. Ni éste los necesita tampoco para que muchos episodios, como el de la entrada en el templo, la carta de la doncella y el desencanto pavoroso de Raimundo Lulio, rivalicen en invención, en poesía, y en el arte secretísimo de decir poco para hacer adivinar mucho, con los mejores de la *Divina Comedia*. Núñez de Arce ha sabido hacer de la leyenda que tantas veces recordaron nuestros ascéticos, un poema inmortal, quizá lo mejor que él ha producido nunca, como quiere el Sr. Menéndez Pelayo, dado que en esto de preferencias,

y sin salirnos del caso actual, entran por mucho las aficiones individuales de cada crítico.

Sin embargo, al aparecer los *Gritos del combate*, fué tan unánime el aplauso, fueron tan escasas y por lo común tan ajenas al arte las censuras, que puede considerarse éste por uno de los triunfos más gloriosos é indiscutidos de nuestra historia literaria. De tales censuras dos son las más repetidas, y una sola de ellas con fundamento, á más de que la otra fué prevenida y ampliamente contestada por el autor en el nervioso prefacio que encabeza los *Gritos del combate*. Dícese ¹ que una poesía tan sierva de la realidad, tan empeñada en corregir y amonestar, resulta empalagosa, y que, como al cabo no dejan de ser razones las de Núñez de Arce porque anden cubiertas por el deslumbrador ropaje del verso, todas ellas vienen á enseñar, después de muchos rodeos, lo que enseña en pocas palabras un libro científico. Esto manifiesta una ignorancia crasísima sobre las nociones más elementales del arte. ¿Quién no ve que con ese criterio se destruyen por su base todos los géneros de poesía, ya que las *Mesemias*, de Tirteo, y las *Sátiras*, de Juvenal, y la *Divina Comedia*, y los cánticos de Fr. Luis de León ó San Juan de la Cruz, y las odas patrióticas de Quintana, y todos los versos, en fin, que afirman algo y á algo tienden (sin exceptuar siquiera los pastoriles y amorios) pudieran reducirse á humilde prosa sin perder un átomo de su fondo, ni cosa alguna que no sea la forma artística? Al poeta no le toca tanto convencer como persua-

¹ Valera, para no desmentir esta vez su optimismo, comienza por negar la realidad de los males que deplora Núñez de Arce, y para él son de todos los tiempos el materialismo y la impiedad del presente, y las blasfemias de los sabios cosa para divertirse más que para llorar. Así se muestra tan mal avenido con las composiciones que él llama *amonestatorias*, posponiendo las *subjetivas* á todas las demás; así considera el *Miserere* por lo mejor del tomo. (*Consideraciones críticas sobre el libro titulado Gritos del combate de D. Gaspar Núñez de Arce*.—*Revista Europea*, año 1875, tomo IV, núm. 60.)

dir, ni hablar sólo al entendimiento, sino al corazón; su lenguaje debe ser el lenguaje del entusiasmo sin dejar de ser el de la verdad.

Y con esta adición doy á entender que si no le niego ninguno de sus privilegios, si reconozco que no es suyo el terreno de la investigación científica, no le considero, sin embargo, libre para estampar todos los desatinos y licencias que se le antojen. Tengo por absurda la irresponsabilidad, como de reyes constitucionales, que Heine otorgaba á los hijos Apolo; y por eso, en medio del deleite con que me embriagan los *Gritos del combate*, no puedo menos de reconocer las enormísimas inconsecuencias en que á cada paso incurre el poeta, tales como el deplorar las impiedades y horrores de la revolución, al mismo tiempo que bendice sus principios, sus hombres y su bandera; el sacar á la vergüenza los excesos de hoy, considerando otros análogos y de fecha muy reciente como conquistas de la civilización; el llamar libertad degenerada y ramera del motín á la libertad revolucionaria, y entonarle á esa misma con otros nombres ditirambos pomposos y magníficos. Inconsecuencias todas que afean los cantos de Núñez de Arce, hablando más en pro de su corazón, y de la rectitud de sus miras y carácter, que de la estabilidad y buena dirección de sus ideas.

Numen tan abundante y robusto no había de contentarse con sólo un tono, aunque tan rica y espléndidamente variado como en los *Gritos del combate*; así que en pos de ellos y del *Raimundo Lulio* apareció un poema de menores dimensiones que éste y de carácter casi encontrado; un *Idilio*, no á la manera de Teócrito y Longo, antes bien libre de sus mórbidas y provocantes desnudeces, ni menos almibarado como los del pseudoclasicismo con las ñoñeces bucólicas de marras, sino verdaderamente campestre y conmovedor, perteneciente á la familia de *Hermann* y *Dorothea*, de *Evangelina* y de *Mireya*, como ha dicho Me-

néndez y Pelayo. Ciertamente no alcanza ni el perfil clásico del poema alemán, ni el interés del norteamericano, ni la sencillez casi homérica que imprimió en el suyo el príncipe de los modernos trovadores provenzales; pero de los tres participa algo, y es sobre todo un ensayo feliz de poesía realista en el buen sentido de la palabra, ensayo que tiende á introducir en el vocabulario poético algo del que emplean los labradores de Castilla, según expresión del insigne crítico mencionado.

Otra cosa es la *Elegía* á la muerte de Alejandro Herculano, el austero é intencionado narrador de las tradiciones portuguesas, y cuyo carácter tanta semejanza tenía con el de Núñez de Arce. Amigo el poeta de la revolución ni más ni menos que su héroe, sublima en él las virtudes cívicas, la espartana é indomable entereza, y va evocando, al par de sus hechos propios, los de los personajes á que dió vida su imaginación, desde el sacerdote Eurico hasta el arquitecto ciego de *La bóveda*. Hay en la *Elegía* algo del arranque varonil que nos suspende en los *Gritos*, pero es más sobria la forma, como conviene al clásico terceto, sin dejar de ser nítida y transparente. El final encierra una aspiración hacia la unidad de esos dos pueblos que nacieron para ser uno, que acaricia el Sol con un mismo beso, y que tienen una sola bandera y una misma historia ¹.

En *La última lamentación de Lord Byron* (1878) ensayó Núñez de Arce la epopeya, tal como á su juicio debe entenderse en las modernas literaturas. Así prefirió la queja íntima y amarga, la indecisión angustiosa, las luchas del espíritu, en fin, al choque violento de las armas, á las conquistas bélicas celebradas en otros

¹ El *Idilio* se publicó en el *Almanaque de la Ilustración Española y Americana para 1878*; la *Elegía* en la misma *Ilustración*, y ambos juntos en un folleto que cuenta más de veinte ediciones.

días, y precisamente fué á buscar un personaje maravillosamente apto para el intento: poeta, soldado y aventurero, encarnación perfecta de su siglo. Ciertamente que para engrandecer á su héroe hubo de mutilarle, cerrando voluntariamente los ojos á tantas torpezas morales como afean la vida de Lord Byron, fijándolos sólo en sus desventuras, que forzosamente habían de hacerle simpático, y en su entusiasmo por la libertad de Grecia, condensado en aquel hermoso rasgo final:

..... Grecia me espera;
 Doblo ante su infortunio la rodilla;
 Y mientras llora opresa y desolada,
 Lira, déjame en paz, venga una espada!

Cuanto á la parte descriptiva, pocas veces rayó tan alto Núñez de Arce como en los versos que le inspiran el recuerdo de las glorias helénicas, y más aún los denodados é infelicitísimos esfuerzos de las ciudades sometidas á la tiranía turca por reconquistar su independencia; la trágica muerte de los suliotas y el arrojado de aquellas madres digno de Sagunto y de Numancia; toda la espantosa *danza de la muerte*, en que siempre se conserva el poeta á la altura del asunto.

Otras veces, antes de entrar en este episodio, decae la inspiración, y hay series de octavas de lento andar y trabajosa factura, sin lazo que las una entre sí y forjadas como al acaso; cosas todas tanto más de extrañar en Núñez de Arce cuanto menos frecuentes, atendiendo á lo connatural que le es el lenguaje poético.

Algo parecido debe decirse de *La selva obscura* (1879) en algunos pasajes, aunque bien puede atribuirse aquí á las exigencias del terceto ó á la vaguedad propia de las alegorías. ¿Quién sabe si, intuitiva ó intencionadamente, quiso el imitador de Dante reproducir en un idioma ya formado, rico de dicciones, rotundo y armonioso, las asperezas que se notan en el modelo,

procedentes de él en parte, y en parte de no haber tenido apenas predecesores en el manejo de aquel toscano tan melifluo en las estrofas de Tasso y el Petrarca? Sea como fuere, Núñez de Arce ha introducido entre nosotros el terceto dantesco lo mismo en *La selva obscura* que en *Raimundo Lulio*, empresa difícil por la misma exuberancia pomposa de nuestra lengua¹. Con la forma del maestro se asimiló su extraño y doctrinal simbolismo; y como Dante buscó á Virgilio para que le condujera por las tenebrosas regiones creadas por su fantasía, así buscó á Dante su imitador, y puso en su boca palabras que él no hubiera desdeñado. Arrebatóle la inmaculada figura de Beatriz, sin hacerle perder uno sólo de los rayos que coronan su frente en el *Paradiso*, y personificó en ella todo lo sublime, todo lo que en medio de los afanes de esta vida nos hace recordar otra mejor.

Núñez de Arce, que á pesar de ciertas ideas ha defendido siempre con calor la causa del espiritualismo, y que con tan varonil elocuencia denuncia repetidas veces la falta de caracteres, la anemia moral y el desfallecimiento egoísta que nos consume, ha intentado oponerles un dique en sus versos, y á ese propósito obedece *La selva obscura*. En otras composiciones se había contentado con flagelar el vicio; aquí nos muestra de lleno lo que él estima su antídoto. Beatriz es el amor purísimo y la esperanza indefectible, y la luz amorosa que conduce á los extraviados, y el aliento que fortifica á los débiles; es el ideal de la virtud y su recompensa, el estímulo engendrador de los altos

¹ Conformándome con el Sr. Menéndez Pelayo en reconocer la distancia que separa el terceto narrativo y simbólico del que manejaron nuestros moralistas satíricos, no puedo admitir que sea único el ejemplo de Pesado en la *Jerusalén*; se hallan otros anteriores ¡quién lo creyera! en dos leyendas románticas: *Juan de Lanuza* y *La azucena milagrosa*, debidas respectivamente al Duque de Frias y al Duque de Rivas.

pensamientos y las acciones heroicas; ideal hermoso y deslumbrador en sí, pero infecundo y deficiente, como no influido por la savia de la fe cristiana.

Es tal la afición de Núñez de Arce á la poesía docente, que la entreveró hasta en el género más refractario, en la leyenda. De todas esas grandes verdades que forman, digámoslo así, el patrimonio de la humanidad, y que él tanto preconiza, es perenne demostración el acento de la conciencia, que nunca muere aunque se mitigue, ni cesa de amonestar al hombre en medio de sus criminales extravíos. Parece la personificación de ellos *Juan de Tabares*, la figura más culminante de *El vértigo* (1879)¹: hermano cruel y sin entrañas, déspota ceñudo que sólo goza con el clamor de las víctimas que encierran sus calabozos, sin otro móvil que el odio rencoroso y brutal, sin otra satisfacción que el exterminio y la sangre. Perseguidor fiero de su hermano D. Luis, no le ablandan quejas ni súplicas, ni siquiera la memoria

de aquellas noches de invierno
en que, al amparo de Dios,
juntos oraban los dos
en el regazo materno.

El verdugo necesita saciar su cólera; insulta y hostiga al inocente, cuyos pesares envidia, y, nuevo Caín, le hiere sin piedad, pensando que ha de quedar tranquilo con evadir la vindicta de la justicia humana. Pero el crimen, convertido en implacable y tenaz remordimiento, desgarrar el corazón de Juan de Tabares, y como sangriento fantasma vaga en torno suyo haciéndole huir de los hombres y de sí mismo, porque, donde quiera que va, le siguen

¹ Poema recitado admirablemente por Rafael Calvo en el Teatro Español.

los ojos del nuevo Abel
de eterna sombra cubiertos;
siempre fijos, siempre abiertos,
siempre clavados en él.

El fratricida se derrumba en un precipicio al impulso de su conciencia, de esa conciencia á cuyo cargo puso Dios el resarcimiento de todas las injusticias y la recompensa de todas las virtudes, haciéndola á un mismo tiempo

delator, juez y verdugo ¹.

Concepto altísimo que realzan insuperables primores de forma; pues las décimas de *El vértigo* son las columnas de Hércules de la versificación por su espontaneidad y tersura, por su cadencia rítmica y por la combinación de palabras, frases y períodos, siempre variada, halagüeña y perfectísima.

Dueño de la rima y de sus secretos, no quiso el gran poeta convertirse en esclavo suyo; y así, para dar una prueba más de lo flexibles que son sus aptitudes, cultivó, después del costoso terceto, de la sonora octava real y la artificiosa décima, el verso suelto, entronizado en España por el clasicismo intransigente, anticuado por la invasión romántica y vuelto al esplendor de sus mejores días por Núñez de Arce, que desafió esta vez las iras de muchos encomiadores suyos cerrando los oídos á porfiadas censuras.

No fueron pocas las que por esta causa excitó *La visión de Fr. Martín* (1880)², maravilla de colorido y análisis psicológico, aunque no los acompañe, como sería de desear, la fidelidad histórica. ¿Quién duda que

¹ *El vértigo* ha producido una infinidad de leyendas en décimas, aunque antes de él era ya conocida alguna de Antonio Hurtado en igual metro.

² El primer fragmento de este poema se publicó también en el *Almanaque de la Ilustración Española y Americana* para 1880.

Núñez de Arce ha forjado un Lutero á imagen y semejanza propia, desgarrado por el torcedor de la duda, no en el sentido genérico que conviene á todas las épocas, sino en el que caracteriza á las llamadas de transición, y muy principalmente al siglo actual? Los móviles que impulsaron á Lutero al proclamar su reforma no fueron los escrúpulos ni las vacilaciones interiores, sino el amor propio despechado, la insubordinación presuntuosa y la lujuria sin freno; ahí está la historia demostrándolo con irresistible elocuencia.

En lo que ha hecho bien Núñez de Arce, es en pintar la duda, no con faz hosca y sombría, sino con el halago propio de todas las tentaciones, y así resulta tan poético el ósculo frío que imprime la visión en el pálido y sudoroso rostro del fraile. La roca adonde le conduce, y el cuadro de naciones en tropel que hace desfilar ante su vista, son hijos de una fantasía creadora y gigante; pero guardan muy poco enlace con la acción del poema, y sólo sirven para embarazarla con inútiles, bien que no cansados, episodios.

No significa mucho entre estas joyas *Hernán el Lobo*, pero sí *La pesca* (1884), ensayo de poesía naturalista como el *Idilio*, pero de mayores proporciones y más feliz ejecución. Si está lo sumo del arte en declinar los extremos del idealismo caprichoso y de la imitación grosera, Núñez de Arce lo ha conseguido más en ésta que en ninguna de sus obras anteriores, porque allí la elevación del asunto y la nobleza de los personajes traían la inspiración de la mano; pero aquí el autor, caminando siempre al lado de la prosaica realidad, jamás se acerca á ella si no es para depurarla, convirtiéndola en poesía robusta, como árbol que crece al aire libre combatido por los huracanes; poesía que no tiene el perfume de las flores de jardín, sino que transpira por todos cuatro costados el olor acre de la costa, y parece impregnada en los efluvios marinos, y nacida entre el rumor de la marea y los bramidos de la tempestad.

¡Qué delicioso idilio no forma aquella enamorada pareja, tan ajena á las ambiciones y tan ufana de sí misma, con su franco cuchicheo, sus geniales y plácidas expansiones, realizado todo con la esperanza del chiquitín futuro á quien ya parecen ver, el padre luchando con las olas, y la madre ofreciendo á Dios la hostia santa de los altares! ¡Qué simpatía despierta el honrado Miguel cuando sueña con el hatillo de príncipe que ha de traer su hijo, con la pesca rica y abundante que ha de darle su próxima excursión, y con la risueña perspectiva que ha de presentar pronto su doméstico Edén! El episodio del marinero á quien se ha muerto su hija, y que no tiene siquiera con que darle sepultura, entenece tanto como el desprendimiento de Miguel, que consagra al socorro del afligido padre el trabajo de un día. El llanto que brota de tales corazones, y surca esos rostros curtidos por la intemperie y serenos ante la furia de los mares, semeja la oculta savia que fluye bajo la áspera corteza de un árbol.

Pero donde el poeta se excede á sí mismo es en la descripción de la tempestad; de aquella alternativa entre la esperanza y el desaliento; de aquella generosa resolución con que se lanza el ministro de Dios al abismo para salvar á los infelices naufragos; del esposo que siente latir su corazón con la proximidad de una dicha, tan fácil antes como ahora imposible, y de la esposa amante que, rígida, sin sentido y con los ojos abiertos como para absorberla inmensidad de las aguas, presencia aquel espectáculo desgarrador, tan diferente de los que hasta entonces recreaban su fantasía. Todo esto, escrito con el corazón más que con la pluma, es artístico porque es humano, sin que falte tampoco el colorido local, que apenas tiene semejante en nuestra literatura si no es en las *Escenas montañosas* y otros libros análogos de Pereda.

Después de *La pesca* aparecieron algunas estancias del poema *Luzbel*, y completo el que se titula *Maru-*

ja (1886), episodio vulgar del que acertó á extraer Núñez de Arce raudales de poesía familiar y casera, haciendo vibrar la nota regocijada con leves matices patéticos, lo mismo que en otras ocasiones había interpretado los grandes sentimientos colectivos en la tonante bocina de las batallas.

¿A qué causa obedece el silencio prolongado con que Núñez de Arce mortifica á sus adoradores? Sin tratar de investigarlo, haré constar, de nuevo y por remate de este capítulo, mi admiración sincera hacia el estupendo versificador y el lírico que subyuga cuando no convence, y mi protesta contra los vapores de heterodoxia que empañan la transparencia y el brillo de sus honradas, pero deficientes, convicciones espiritualistas.



CAPÍTULO XIX

LA POESÍA FILOSÓFICA Y SOCIAL (CONTINUACIÓN)

Carlos Rubio. — Alcalá Galiano. — Bartrina. — Revilla. — Ferrari. — Manuel Reina. — Rey Díaz. — Gabino Tejado.

CON el de Núñez de Arce deben unirse varios nombres menos gloriosos sin duda, pero que representan un grupo importante llamado á serlo más con los días, dada la boga en que están las obras del maestro y los imitadores. No quiere esto decir que lo sean todos los poetas que voy á juzgar; pues unos aparecieron antes que él, en otros se notan tendencias y filiación artística muy desemejantes, y casi todos aprecian de diversa manera el estado de nuestra sociedad.

No habían de sonar muy bien las enérgicas apóstrofes de Núñez de Arce á la corrupción de las costumbres, á la venalidad política y á nuestra universal decadencia, originada, según él, por la revolución, en los oídos del que fué su compañero en la prensa y fogoso progresista, Carlos Rubio, alma de fuego, á quien las vicisitudes de una vida azarosa impidieron depurar su gusto, tocado de hinchazón y propenso á las exageraciones. Bien se conoce en todo lo que de él conservamos, tanto en su olvidado drama *Rienzi* como en